

Ester se detuvo frente á la niña que parecía no haberla visto, y levantando con suavidad la cara de la pobre chicuela, le preguntó con dulzura:

—¿Qué tienes....?

La chiquilla siguió llorando sin contestar, inclinada la cabeza sobre las manos; parecía tener vergüenza de llorar ante su ama

Ester se inclinó aún más, sus rubios cabellos rozaron los desordenados y ásperos de la infeliz criatura, y de sus labios salieron frases de consuelo....

—Dime ¿qué tienes?...¿Te falta algo....? No te apures, yo te ayudaré, decía, mientras que su hermanito Jorge, que parecía comprender el dolor de la niña, tiraba suavemente de la falda de su hermana, enseñándole un reluciente décimo: ¡El premio que su padre, le diera por la buena conducta de la semana....!

Al fin aquel dolor, contenido en silencio, lo expresó la niña con un torrente de lágrimas, con sollozos entrecortados que parecían ahogarse en su garganta...y á media voz, con palabras, muchas de ellas ininteligibles, contó á Ester que su padre se moría, que su madre postrada en cama desde hacía tanto tiempo por la «parálisis» le había mandado pedir al administrador dinero adelantado para poder prepararle la medicina al enfermo, y darle de comer.... Pero el administrador no le había dado nada, por creer que era mentira lo que le decía, y no tenían en su casa un centavo, para curar á su padre herido gravemente al caer hacía poco de los andamios.

Aquel dolor, la sencillez del triste relato, la amargura que se notaba en cada una de las palabras de la niña, impresionaron á Ester.

—¡Vamos, vamos allá! dijo, cogiendo de la mano á Jorge, que la miraba sorprendido, comprendiendo á medias la desgracia de la chicuela.

La cabaña presentaba un aspecto verdaderamente angustioso: en una cama miserable, más bien en una tabla sostenida entre dos bancos, yacía un hombre, envuelta la cabeza en unos trapos sucios, cubierto con sarape de cuadros verdes, sobre fondo rojo, y al pie del lecho se encontraba una mujer que padecía desde largo tiempo de parálisis, sentada en un banquillo. Todo en la choza revelaba una miseria tremenda; parecía vagar en torno de aquellos seres desgraciados el fantasma del hambre.... Débiles quejidos turbaban á veces el silencio aterrador que reinaba en la casuca, y la pobre mujer de cuyos ojos se deslizaban abundantes lágrimas, no podía adivinar si las quejas eran motivadas por el dolor de la herida ó por el hambre...

Ester, al abarcar de un vistazo la desgarradora escena, se hizo cargo al instante de toda la desgracia que pesaba sobre aquel hogar infeliz....

Acudió al moribundo, que apenas si se dió cuenta de su presencia, y después de examinar aquella herida tan profunda, apartando los andrajos que la cubrían, volviéndose hacia la pobre mujer que la contemplaba con una especie de idiotismo, le dijo:

—¡Vamos! hay remedio aún; hay necesidad de llamar al médico del pueblo y darle al pobre enfermo alimento sano con que pueda reparar sus fuerzas.

La mujer la miró sonriendo tristemente, con aquella sonrisa de dolorosa resignación de los infelices, que saben que no cuentan con nada.

Ester comprendió; abrió la elegante bolsita de cuero que le trajera su papá de la ciudad, y vertiendo su contenida en la mano temblorosa de la pobre parálitica, le repitió con voz dulce:

—Hay que llamar al médico del pueblo.... Llame Ud. á alguna vecina que le ayude....

Jorge, que estaba en el dintel de la mísera choza, asustado de tanta miseria, y de la oscuridad y desnudez de la cabaña, acudió llorando como su hermana, y dándole los diez centavos que aún conservaba en su manita, le dijo:

—Yo también....yo también quiero darle á la pobre niña....yo también.....! El herido abrió los ojos al murmullo de aquellas voces, y fijándose en Ester, que en ese momento abrazaba cariñosamente á su hermano, recibíéndole la ofrenda, pareció reconocerla, se incorporó en el lecho, y con balbuciente voz le dijo: